

EL VERTIGINOSO VIAJE DE ESCRIBIR UNA TESINA: DUDAS, DECISIONES Y APRENDIZAJES

Agarraberes, María Paz
mpazagarraberes@gmail.com

El proceso de escribir una tesina se asemeja a un largo viaje en la ruta. Idas y vueltas, subidas y bajadas, momentos de disfrute y obstáculos en el camino. A continuación, intentaré dar cuenta de las decisiones tomadas durante el 2024 y el trayecto en el “Taller Integrador V: Práctica de la Investigación Educativa y Elaboración de Tesina”, reconociendo no sólo los momentos de mayor dificultad, sino también los aprendizajes que construí en el propio hacer.

Iniciar el viaje: la elección del tema

Este año arrancó con muchas preguntas sin respuestas: ¿cómo voy a hacer para trabajar sola si estoy acostumbrada a hacerlo con Ailén?, ¿lo podré lograr?, pero la más difícil, ¿sobre qué voy a trabajar en la tesina? Eso que parecía tan lejano en el 2020 cuando comenzó mi vida universitaria, estaba cada vez más cerca. La mayoría de las/os compañeras/os que habían cursado el taller anteriormente me decían que me convenía arrancar la cursada sabiendo cuál sería mi tema y yo no tenía ninguna idea. A su vez, no paraba de resonar la frase “te tenés que enamorar del tema”. Si algo tenía en claro era que me tenía que gustar o resultar atractivo, pero ¿enamormarme de él? Eso me parecía diez veces más difícil. También debía ser original y realizar un aporte al campo de conocimiento, ¿cómo voy a hacer eso si ni siquiera sé qué quiero investigar? (Nacuzzi, 2010). Sería un poco hipócrita de mi parte decir que estuve todo el receso pensándolo, pero se acercaba el inicio del ciclo y estas ideas hacían cada vez más ruido en mi cabeza. Cuando comencé a trabajar en el Consejo Departamental, me encontré con una docente que me generó mucha confianza y me guió a emprender este proceso. Muy temerosamente me acerqué a ella y me dijo: “agarrá una hoja en blanco y escribí qué te interesa y qué sabes de cada uno de esos temas”. Y así fue, recuerdo estar sentada frente a la mesa del living de mi casa pensando qué era lo que me llamaba la atención. Si bien cuando empecé la carrera estaba muy segura de eso, a medida que fueron transcurriendo

los años, mis intereses fueron cambiando (Nacuzzi, 2010). Había dos opciones: quedarme en lo cómodo o indagar en eso nuevo que se presentaba. Después de un largo proceso de escritura y revisión de la literatura, logré descubrir que quería explorar nuevos caminos y andar en rutas desconocidas que suponían un misterio y un desafío (Jelin, 2020).

En ese momento, comencé a pensar en las experiencias que viví durante mi trayectoria académica y los distintos espacios que aportaron a mi construcción subjetiva (Jelin, 2020). En ese gran recorte inicial, surgieron dos emergentes. El primero se relacionaba con el proceso de escribir una tesina y todas las decisiones que esto implica, que, si bien era muy reciente, ya había dejado huellas en mí. En el segundo, se encontraban aquellas preguntas que me resonaron en el 2023 durante las “Prácticas Profesionales Supervisadas” y que se relacionaban con experiencias de docentes en espacios de Asesoría Pedagógica. Decidida por esta última, comencé a indagar un poco más en aquel diario de campo que había escrito en ese tiempo y en las preguntas que me hacía cada vez que terminaba una visita al espacio. En ese ir y venir por cuadernos, fotocopias y documentos que dejé por escrito en mi computadora, encontré algo que me llamó la atención (Sirvent, 2018). Intrigada por ello, me acerqué a una referente del espacio, y quien hoy me acompaña en este proceso, para consultarle si ya se había estudiado en la universidad algo vinculado a las reflexiones de las/os docentes en relación con sus prácticas de enseñanza luego de su paso por el espacio de las asesorías. Sin embargo, y siendo sincera, ese fue todo el trabajo que realicé antes de empezar a cursar. Me asustaba el proceso y no quería adelantarme a hacer cosas que no sabía si iban a estar bien.

Transitar las distintas rutas: construir y reconstruir el problema

Un tiempo después, comenzaron las clases, y la pregunta acerca de qué queríamos investigar estuvo presente. A medida que transcurrían los días, también se expusieron las distintas actividades que debíamos completar en un *Excel* compartido. Mi nombre estaba primero y, con ello, también mis reflexiones, preguntas de investigación y primeros objetivos. Qué vergüenza, mis compañeras/os iban a entrar y era lo primero que iban a ver, ¿y si estaba mal? Por eso, decidí escribir lo justo y necesario en ese

espacio y esbozar nuevas ideas en un papel, creía que era más confidencial y que nadie podría juzgarme (Wright Mills, 1994). Con el paso de las clases, empecé la búsqueda bibliográfica de antecedentes, la cual me permitiría recortar y justificar conceptualmente el tema y, poco a poco, comencé a construir ese problema que tanto miedo me generaba (Achilli, 2005).

Así fue que empecé a trabajar sobre un documento en blanco, sobre mi mapa de ruta (Guiñazú, 2020). Sin embargo, las ideas no aparecían y me encontraba totalmente perdida. Conocía y estaba convencida del *qué*, pero no sabía cómo expresarlo en palabras. Recuerdo que en mi cabeza daba vueltas la idea de que no me podía pasar de las diez páginas, pero ¿cómo iba a hacer eso si ni siquiera podía escribir un renglón? (Wright Mills, 1994). Asustada, pero con la necesidad de avanzar, decidí poner los nombres de los apartados para que esa hoja dejara de perturbarme y, de a poco, comencé a escribir, aunque con más dudas que certezas. Como menciona Becker (2011), se trata de lanzarnos a intentarlo, de escribir lo que primero nos venga a la cabeza, a la máxima velocidad que nuestros dedos nos permitan, para descubrir qué es lo que nos gustaría decir. Y creo que eso fue algo que caracterizó todo este proceso. Animarse a escribir y borrar, a equivocarse y ser capaz de trabajar sobre ello.

En esta construcción del problema de investigación, también apareció la pregunta y los objetivos. Una vez más debía *recortar*, una palabra que resonó mucho durante este año. Bueno, sé que quiero investigar la participación de los/as docentes en la Asesoría Pedagógica para pensar sus prácticas de enseñanza, pero ¿cómo formulo eso?, ¿qué categorías tengo que utilizar para poder dar cuenta de ello?, ¿y qué más? Porque ese puede ser mi objetivo general, pero ¿los específicos? (Wainerman, 2020). Confiada acerca de lo que quería hacer, hice un primer esbozo y me acerqué a los distintos espacios de consulta, de mi directora y de las docentes del taller. A primera vista, todo resultaba bien y, a pesar de que debía ajustar algunas cosas, iba por buen camino.

Escribir el estado del arte también fue todo un desafío. Empezar a definir qué investigaciones iba a utilizar y cómo lo iba a estructurar, cambiar el chip que tenía instalado de años anteriores y comenzar a agrupar fueron unas de las decisiones más difíciles de este proceso. Recuerdo el comentario de una compañera que una vez me

dijo “capaz tenés cincuenta textos en tres o cuatro párrafos.” ¿Cómo es posible eso? Otra vez volvía a mi cabeza la pregunta de si sería capaz de hacerlo. A su vez, debía definir mis referentes conceptuales y cómo y con quiénes iba a llevar adelante la investigación (Achilli, 2005). Si bien tenía que decidir qué iba a hacer, las ideas estaban lo suficientemente claras en mi cabeza y eso ayudó a que su escritura sea más amena.

Tiempo después llegó la primera exposición de los avances en la que debía contar a mis compañeras/os y docentes el trabajo que había estado realizando todo este tiempo y los cambios que este había sufrido. Los nervios y el miedo acerca del qué dirán estaban presentes. Las manos me temblaban y la voz se me cortaba. Incluso si me preguntan qué fue lo que hablamos en esa exposición, poco les podría contar, porque no recuerdo lo que dije, ni tampoco las sugerencias que me hicieron. Por suerte, una compañera tomó nota por mí, pero, entre todos esos escritos, aparecía “revisar objetivos” y eso me obligaba una vez más a dar vueltas sobre una producción que tanto tiempo me había llevado. Si es lo que yo quiero investigar, ¿por qué está mal? A pesar de que esto me generaba ansiedad, fue en esa instancia que entendí que los tropiezos no son definitivos (Carlino, 2003), sino que nos ayudan a construir nuestra tarea. En este sentido, empecé a darle forma a unos nuevos objetivos porque comprendía que, si las docentes me sugerían que los revisara, era porque algo no quedaba claro o porque, tal vez, estos daban lugar a nuevas investigaciones (Achilli, 2005). A su vez, comencé a indagar en otros espacios. La bibliografía ya no era suficiente, por lo que acudí a las consultas con las docentes y con mi directora. Algo de estos encuentros tenía que ayudarme a construir mi problema. Pero las preguntas fueron “¿y qué querés investigar?, ¿y cómo definís esto?, ¿definido así vas a poder preguntar por eso cuando hagas las entrevistas o cuando vayas a observar?” Me aterraba saber que se acercaba la primera entrega y yo no tenía claros mis objetivos y, mucho menos, mi marco teórico.

Luego de algunos días de mucha frustración, enojo y ganas de abandonar, apareció un concepto que parecía iluminar el camino. Con él, realicé la primera entrega. ¿Se entenderá qué es lo que quiero investigar?, ¿me dirán algo de los objetivos? Ya no me importaba nada más que eso, pero por suerte las sugerencias y comentarios estuvieron dirigidos hacia otras cuestiones y eso me motivaba a seguir por ese camino. En ese mismo instante decidí encontrarme con mi directora, quien me ayudó a observar

las distintas correcciones y me orientó a posibles maneras de seguir. Sabía que no iba a ser fácil, la ruta todavía era larga y el tiempo para recorrerla era corto. Pero ahí estaba, una vez más, lanzándome a escribir sobre un tema del que si bien había leído mucho, aún me quedaba por conocer. Debía preparar todo para la segunda entrega, que esta vez era diferente porque no solo me iban a leer las docentes sino también mis compañeras/os. Eso me generó mucha inseguridad, ¿quién revisará mi trabajo?, ¿entenderé sus comentarios?, ¿me dirá todo lo que piensa o se guardará algo porque, tal vez, no tenemos tanta confianza? Todas esas preguntas, sumadas a si esta versión estaría mejor que la anterior, no paraban de dar vueltas en mi cabeza.

Los días hasta que llegó esa nueva entrega se hicieron largos, pero una oportunidad se nos presentó para seguir trabajando, las *Jornadas Entre Tesis y Tesistas*. Aunque esta nueva instancia de presentación me generaba un poco de miedo porque las críticas me aterraban, animarme a intentarlo fue de mucha utilidad para mi proyecto. Pocos días después, nos reunimos para realizar la revisión entre pares. Mis temores y dudas se clarificaron cuando me encontré con un grupo formado por amigas y compañeras con quienes ya había trabajado anteriormente. Sus comentarios estaban presentes en todo el proyecto, no solo en cuestiones de escritura, sino también en cosas que debía modificar. A su vez, las sugerencias de las docentes estaban pensadas en la misma línea, en cosas que no había tenido en cuenta y que debería agregar. Sin embargo, apareció una de ellas que decía algo así como ¿qué diferencia hay entre el segundo y el tercer objetivo? En ese momento, aunque metafóricamente, se me paralizó el corazón. No podía creer que tenía que cambiar otra vez eso que tanto trabajo y frustración había conllevado.

Luego de una tercera instancia de evaluación, la cual solo se realizó entre pares, se presentó la segunda exposición de los avances. Realmente este fue, en definitiva, el momento más difícil para mí. Me aterraba pensar en el hecho de que podía quedarme en blanco y no saber cómo responder a una pregunta. ¿Y si me dicen algo de los objetivos?, ¿y si me dicen que tengo que seguir trabajando el estado del arte? Sé qué es lo que quiero, pero este proceso demanda no solo tiempo, sino también poner el cuerpo, y eso, a veces, se vuelve agotador. Sin embargo, cuando pasó mi turno, me relajé por completo. Ya no eran lágrimas de incertidumbre y angustia, sino sonrisas de felicidad y

tranquilidad por haberlo logrado y por todo el trabajo que había realizado.

Luego de ello, decidí acercarme a una de las profesoras para hacerle consultas sobre estas cuestiones, pero específicamente sobre los objetivos. Conversando, logré darme cuenta de que estaba planteando lo mismo, aunque con diferentes conceptos.

¿Cómo no me había percatado antes? En mi cabeza respondían a lo que yo quería investigar, pero, al ponerlo en palabras, expresaban lo mismo. Después de pensar un rato, una de las compañeras que se encontraba en ese espacio me sugirió utilizar una categoría que ella usaba en su proyecto y que expresaba lo que yo quería investigar. Eso me dejó tranquila, porque, si bien debía leer y volver a trabajar sobre el marco teórico, al fin podía definir eso que verdaderamente me había movilizado desde un principio.

El camino había sido largo, pero todavía no terminaba, aún debía realizar y entregar la última versión del proyecto. Esta fue una mezcla de sensaciones. Por un lado, empezar a recorrer, prontamente, una nueva ruta: la escritura de la tesis. Por otro, esta entrega significaba cerrar el taller y, por ende, dejar de habitar la universidad de la manera en que estaba acostumbrada. Qué nostalgia, tal vez por eso estaba tan negada con el proyecto, porque sabía que iba a llegar este momento y, con él, el fin de la cursada. Sin embargo, haber transitado por la materia me incentivó y acompañó en el proceso de escritura y de decisión. A diferencia de lo que se dice acerca de la soledad en estos procesos (Carlino, 2003), me sentí muy acompañada. No voy a negar que trabajar sola fue difícil, pero las distintas instancias de corrección, las consultas, las charlas en los pasillos y en espacios institucionalizados, como así también el apoyo de mis amigas/os y compañeras/os, me hicieron sentir segura y permitieron que este recorrido esté colmado de reflexiones y aprendizajes (Guiñazú, 2020).

¿El final del viaje?: el valor de la reflexión y la persistencia

Al mirar atrás y pensar en el recorrido que emprendí durante el “Taller V” y el proceso de escribir un proyecto de tesina, me doy cuenta de que no solo se trató de un desafío académico, sino también personal. Durante todo este año me enfrenté a miedos, inseguridades y dudas, pero también descubrí la importancia de la resiliencia en el trabajo que estaba llevando adelante. Me enseñó a confiar en mis ideas, a ser capaz de aceptar la incertidumbre y a ver cada error como parte de un camino que nunca es

lineal, sino que es un proceso en espiral de constantes idas y vueltas (Sirvent, 2018).

Podría decir que este año se caracterizó como un largo viaje de introspección y crecimiento que aún no termina. Si bien el camino no siempre fue claro, cada paso que di fue hacia un nuevo aprendizaje en la investigación, en el problema y en mí misma. Por ello, me gustaría dejar plasmada una cita de Nacuzzi (2010) que define lo que significó el proceso de empezar a escribir una tesina:

Parece una tarea terrible este proceso de delimitar el problema de interés para una tesis, definir sus objetivos, cuidar que sea un tema novedoso y relevante y, además, encontrar al director adecuado. Pero todo esto es posible, a veces más o menos dificultosamente y, en el peor de los casos, de las situaciones más complicadas se aprende mucho sobre los vericuetos del quehacer académico y el avance del conocimiento y la investigación en el área de la ciencia en que nos toque desempeñarnos. (p. 26)

Ahora, debo seguir el viaje del proceso de investigación y la escritura de la tesina. Las preguntas no paran de sonar en mi cabeza: ¿cómo será la primera entrevista? ¿y la escritura? ¿y finalizar una etapa? Sé que en este camino se van a presentar nuevos desafíos y obstáculos, pero confío en que va a estar lleno de nuevas reflexiones y aprendizajes (Sirvent, 2018).

Referencias

- Achilli, E. (2005). *Investigar en antropología social. Los desafíos de transmitir un oficio*. Laborde.
- Becker, H. (2011). *Manual de escritura para científicos sociales. Cómo empezar y terminar una tesis, un libro o un artículo*. Siglo Veintiuno Editores.
- Carlino, P. (5-9 de mayo de 2003). *La experiencia de escribir una tesis: contextos que la vuelven más difícil*. II Congreso Internacional Cátedra UNESCO Lectura y Escritura. Pontificia Universidad Católica de Valparaíso, Valparaíso, Chile.
- Guiñazú, M. C. (2020). Caminante hay camino: el proyecto de tesis como mapa de ruta. En Wainerman, C. (Ed.) *En estado de tesis. Cómo elaborar el proyecto de tesis en Ciencias Sociales*, (pp 55-98). Manantial.

- Jelin, E. [CPA UNLPam] (4 de marzo de 2020). *XXIV Jornadas de Investigación de la Facultad de Ciencias Humanas* [Video]. Youtube. <https://www.youtube.com/watch?v=vuZJulBYMF8>
- Nacuzzi, L. (2010). *Principios básicos de entrenamiento en la investigación: la tesis de licenciatura*. Editorial de la Facultad de Filosofía y Letras.
- Sirvent, M. T. (2018). Desafíos epistemológicos, metodológicos y pedagógicos en relación con la naturaleza de la investigación en ciencias sociales. La génesis de una investigación y su complejidad”. En Reyes Suárez, A., Piovani, J. I., Potaschén, E. (Ed.) *La investigación social y su práctica. Aportes latinoamericanos a los debates metodológicos de las ciencias sociales* (pp 155-184). Tedesco.
- Wainerman, C. (2020). *En estado de tesis. Cómo elaborar el proyecto de tesis en Ciencias Sociales*. Manantial.
- Wright Mills, C. (1994). *La imaginación sociológica*. Fondo de Cultura Económica.